

—Convenid en que tengo razón—añadió acercándose á la joven. Unidos, el mundo será nuestro. Seamos amigos: es mi más ferviente deseo... ¡Te amo, á tí sola... únicamente á tí!... Hasta mañana.

Margarita no se movió: estaba lívida y apretaba sus labios con la señal de la cólera más reconcentrada.

En este instante la angulosa silueta de la señora de Lignerès surgió silenciosamente del pasillo. No había oído la conversación; pero los vió hablando, y dijo:

—¡Se conocen!

La joven continuó su marcha, precediendo hasta el vestíbulo á Roland, sin cambiarse entre ellos ni una palabra. Únicamente, al franquear la puerta de entrada, la viuda pudo ver desde la escalera de hierro que Roland envolvía en una mirada de fuego á la joven, y oyó su despedida llena de amenazas y de ironía:

—¡Hasta mañana!

Aquella noche la duquesa no pareció por el comedor, pretextando hallarse enferma.

La comida fué triste: todos los huéspedes parecían preocupados.

A las nueve, en el instante que la marcha comenzaba su estrépito musical, Justina se deslizó por el salón, y dijo al oído de Blanca:

—La señora duquesa os espera.

La joven esperaba este aviso.

Mientras que Blanca Carol entraba en el salón de la duquesa, Justina entró por la sala de baño al tocador y desde éste al gabi-

nete, para asistir, aunque invisible, á la conversación de la madre y la hija.

El orgullo de la aristocrática señora iba á ser sometido á ruda prueba.

IV

¡Perdida!...

Al entrar Blanca en la sala donde algunas horas antes se había efectuado la entrevista de Roland Beroult y la duquesa, el semblante de la joven acusaba un estado de gran agitación, muy semejante á la de un espíritu pronto á rebelarse contra la tiranía que le subyuga.

—¿Me habés mandado llamar por Justina?—dijo.—Aquí estoy.

La duquesa no contestó. En su pálido semblante se retrataba el desfallecimiento y el pesar.

Impresionada Blanca por el aspecto de aquella mujer abatida, que podía ser su madre, cedió á la movilidad de su carácter, y acercándose le dijo con voz cariñosa.

—¿Os sentís mal?

La señora de Maillepré, sin pronunciar una palabra, cogió á su hija de la mano y le señaló un sillón al lado suyo.

Había reflexionado detenidamente sobre las frases de Roland, adquiriendo plena certidumbre de que éste, dueño de las cartas de Montevrón, merced, sin duda, á recursos indignos, había fraguado contra ella una intriga infernal. Sin embargo, en aquel ins-

tante supremo y decisivo, no temblaba tanto por sí misma como por su hija, el ser para ella más querido, reclamado por aquel miserable como precio de su silencio para no turbar la existencia de la misma Blanca.

La duquesa no se atrevía á hablar, temiendo las respuestas de su hija.

—Ya sabes—le dijo al fin—la visita que he recibido hoy.

Blanca limitóse á afirmar sencillamente:

—¿Conoces—le preguntó la duquesa—á M. de Serigné?

—Le conozco.

—¿En dónde le has visto?

—En el colegio, hace un año, ó cosa así.

—¿Quién os lo presentó?

—¿Tenía, acaso, necesidad de presentación, tratándose de una pobre colegiala como yo?

—Pregunto que con quién iba cuando le viste la primera vez.

—Iba solo. Es amigo, y aun creo que pariente de la directora... Una mañana en que no me encontraba bien, bajé á pasear al jardín, y allí nos encontramos.

—¿Casualmente?...

—Sin duda. El se paseaba y yo también... Hablamos... Esto me parece natural.

—¿Que os dijo?

—¿El? No recuerdo bien... pero parecía conocer mi historia mejor que yo misma. Me habló en tono muy amistoso; es todo lo que recuerdo. Después supe por la directora que era rico, que ocupaba un alto cargo...

—¿Y volvió?

—Alguna vez que otra.

—¿De modo que se le concedió libertad para verte?

—Es fácil; tampoco había motivo para negársela, siendo amigo de la casa.

—De ahí resultó cierta intimidad entre vosotros...

—Ya sabéis—replicó Blanca vivamente—que soy naturalmente descontentadiza, y escuché con gusto á un joven muy instruido, respetuoso, que solo tenía atenciones hacia mí y me hablaba amistosamente, casi con compasión. ¿Hice mal en ello?

—Tú quizá no; la directora seguramente.

—Entonces á ella es á quien debe censurarse. Por lo que hace á mí, aquella amistad me agradaba, me elevaba á mis propios ojos y estaba agradecida al desinterés y á la predilección de que era objeto, porque, debo decirlo, desde el primer instante M. de Serigné me ha hablado de matrimonio.

—El deber de un hombre de honor es dirigirse á los padres de la mujer á quien ama, y no á ella misma.

—Es cuestión de forma—replicó Blanca encogiéndose de hombros,—á la que no doy importancia. Lo que yo quería, en mi estado de abandono, era ser amada... Y después, ¿á quién había de dirigirse M. de Serigné?... ¿A Susana? Desde el principio de nuestras relaciones, no le he ocultado mis dudas; le dije que tenía la seguridad de que Susana no era mi madre, y entonces me preguntó lo que pensaba...

—¿Qué le dijiste?

—Nada, puesto que nada sé... Os he preguntado y no habéis querido aclarar mis dudas, ¿no es cierto?

—Dejemos esto. ¿No comprendías que al hablarte de matrimonio, podía ocultar algún plan de seducción ó algún cálculo?

—¿Con una joven como yo, que no es ni tiene nada?

—¿Entonces has creído que te amaba solo por tus condiciones?

—Sí, puesto que no me podía amar por otra cosa.

Blanca, al decir esto, era la lógica personificada. A medida que hablaba se expresaba con más firmeza y con más acritud, mientras la duquesa sentía correrle un sudor frío por todo el cuerpo ante aquel desquite terrible de la hija, por su reserva con ella, desquite quizá premeditado y por lo mismo más cruel para el corazón de una madre.

Blanca parecía complacerse en revolver el puñal dentro de la herida. Sus grandes ojos negros miraban á la duquesa en actitud de desafío, pero no se notaba en ellos el resplandor de la alegría, porque á medida que se iba haciendo la luz para ella, pensaba que había podido engañarse y que su seductor obedecía quizás á otro móvil distinto del amor, en que ella había creído, y sentía quebrantarse su confianza.

—Me hablais—dijo á la duquesa, rompiendo el silencio—de M. de Serigné, pero no me habéis dicho aún á qué ha venido, aunque con decirlo no me enseñéis nada que yo no sepa.

Y con acento de provocación añadió:

—M. de Serigné me ama; se ha hecho nombrar prefecto del Cher para estar más cerca de mí, y ha venido hoy á Maillepré para pedir mi mano. Lo que me extraña es que haya creído que para eso debía dirigirse á vos.

La duquesa veía cortados todos los caminos por la lógica de su hija, cuyas palabras vinieron á aclarar las frases ambiguas de M. de Serigné, que había sabido disponer bien sus redes.

¿Cómo tratar de abrir los ojos á aquella niña que no quería ver? ¿Cómo proponer la salvación á una condenada que la rehusaba?

Blanca ahondó más.

—Si me he equivocado, tened la bondad de decirlo.

Esto era ya demasiado. En aquel instante se reanimaron en la duquesa todos sus antiguos rencores contra aquella niña, causa de tantas desgracias. Así es que dijo con tono glacial:

—¿Qué debo responderle?

—Que le amo y que seré dichosa perteneciéndole.

—Está bien. ¿Has reflexionado?

—Hace mucho tiempo.

—Ese matrimonio será la ruptura con vuestras amistades de la infancia...

—¿Por qué? ¿Acaso es un crimen casarse con M. de Serigné?

—No es un crimen... pero temo que sea una desgracia.

—La sufriré.

—¿Qué quieres que te dé en señal de mi afecto, del que tan poco caso haces?

—Nada.

La duquesa dejó caer una de sus manos sobre sus rodillas y se aplanó sobre el respaldo del sillón, diciendo:

—Está bien; puedes retirarte... Susana misma dará la contestación.

—¿Por qué Susana?

—Porque Susana es tu madre y á ella se dirigió Mr. de Serigné en primer lugar.

—¿No tenéis más que decirme?

—No.

—¿Entonces puedo retirarme á mi habitación?

—Sí.

Blanca se levantó mirando fijamente á la duquesa, queriendo hallar en su mirada una de esas caricias que algunas veces le hacían ponerse de rodillas ante su madre, pero la duquesa volvió la cabeza.

Entonces se dirigió lentamente á la puerta, como á su pesar, y esperando una palabra que la hiciese volver.

Cuando iba á franquear el dintel, oyó decir con voz débil:

—¡Blanca!

Se volvió y la duquesa le tendió los brazos. La joven cayó en ellos y oyó decir entre sollozos:

—Vamos; reflexiona aún. ¿Tú accedes á este matrimonio?

—Es necesario que se realice.

—¿Por qué?

—Porque es preciso.

—¡Pero si eres desgraciada!...

—Es preciso.

—Si ese hombre fuese...

—No concluyáis—dijo la joven poniendo la mano en la boca de la duquesa y repitiendo con energía:

—Es necesario.

—Pero entonces—balbuceó la duquesa;—¿es que has sido deshonrada... perdida?

—Y bien—dijo Blanca,—aun cuando así fuese ¿qué honor habria yo sacrificado? ¿Qué soy? Hija de una falta, la hija de una criada que cayó tambien... En mi desgracia, tengo siquiera la suerte de que mi seductor ofrece reparar el daño. Aceptad lo que os pide, porque por lo demás, tampoco tenéis por qué oponeros.

La duquesa, angustiada, solo pudo decir con voz desfallecida:

—¡Cállate; ¡Pobre, pobre niña!

Blanca, sorprendida por este grito del corazón, clavó en la duquesa sus ojos febriles, y cayó llorando á los pies de esta, diciendo en un acceso de cólera:

—¡Es mi destino! ¿Qué queréis? Bueno ó malo tenía que cumplirse.

Y como Margarita Souvray, cuando la desgraciada Blanca salía del pabellón á media noche del brazo de su amante, murmuró:

—¡Es demasiado tarde!

V

Traiciones domésticas.

Justina Savart había escuchado la conversación de la duquesa con Blanca, obedeciendo las instrucciones de Roland Beroult, que estaba al corriente de cuanto sucedía en Maillepré, gracias á la infidelidad de la criada.

Creyendo conocer á fondo el terreno, Roland se había encontrado en frente de un obstáculo imprevisto, la presencia de Margarita Souvray, y como era natural, pensó en Justina para conocer el secreto de la estancia de la hija del coronel en el palacio de la duquesa.

A las ocho de la noche, el cartero Miraud deslizaba en manos de su futura una carta concebida en estos términos:

«Es indispensable que os vea mañana por la mañana sin falta; y cuento con vos. Tratad de saber lo que sucede, porque los acontecimientos se precipitan. Venid á Bourges y preguntad por el prefecto.

R.»

Justina cumplió su consigna, como se ha visto y al siguiente día á las siete de la mañana, en el momento en que el carruaje de las provisiones iba á salir para Bourges, subió á él Justina, provista de la autorización de Susana, á cuyas inmediatas órdenes esta-

ba en el Palacio. Poco después se presentaba en la prefectura siendo conducida al despacho del prefecto por Bruno, que la esperaba.

Bruno no comprendía este ir y venir de criadas y cada vez se sentía más agujoneado por la curiosidad.

—¿Qué urdirá el prefecto con todas estas faldas? — se preguntó después de cerrar la puerta.—Desde luego pensó que maquinaba alguna maldad y esta idea le regocijó, pensando que su jefe podría verse en un compromiso, porque cuanto más lo conocía, más lo odiaba.

Roland por su parte estaba preocupado á causa de su recepción en el palacio de Maillepré y especialmente por la aparición de Margarita, que representaba la vuelta de un pasado ya en el olvido. Verdad es que con una palabra, con un anónimo, con una sencilla nota del libro infame en que estaba escrito su nombre, podía hacerla expulsar ignominiosamente de su refugio; pero esto era reducirla á la desesperación y perderla para siempre, y no era eso lo que él se proponía, cada vez más furiosamente enamorado de su víctima.

La llegada de Justina Savart le sacó de sus reflexiones.

—Dos palabras solamente—dijo á su cómplice—haciéndola sentar á su lado. ¿Qué ha sucedido después de marcharme?

—Anoche la señora duquesa habló con la señorita Blanca: aunque no pude oír toda la conversación, oí á la señorita repetir mu-

chas veces poco ántes de salir: «Es preciso.» Y no sé más. Esta mañana todas las habitaciones estaban cerradas aun, excepto la de M. de Lignerés.

—¿Quién es M. de Lignerés?

—¿No le conocéis?

—No.

—Es el hijo de la señora marquesa de Lignerés, una señora muy antipática, prima de la duquesa.

M. Roger de Lignerés, al contrario, es un excelente joven, antiguo oficial herido en la guerra, que se aburre con su mamá...

—¿Y porqué estaba su puerta abierta esta mañana?

—Porque había salido á pasear, como todos los días á la misma hora, por delante del palacio.

—¿A la misma hora? Eso es muy singular, Justina.

—Aunque os parezca extraño, no lo es, atendido á que piensa en casarse para no aburrirse al lado de la autora de sus días.

—¿Y por eso se pasea?... No lo entiendo...

—Me explicaré. M. de Lignerés se pasea todas las mañanas, porque ve abrirse una ventana y asomarse á ella una jóven, que es la que ha elegido por esposa.

—¿Qué jóven es esa?

—La vistéis ayer: la señorita María Magdalena.

M. de Serigné comprendió al fin y se puso rojo de furor.

—¡Calla!—dijo Justina al observar esto;—

parece que mi noticia os ha causado impresión.

—Nada de eso.

—Me había parecido...

—No conozco á esa señorita... ¿Hace mucho que está en Maillepré?

—Cinco ó seis semanas.

—¿Y qué hace allí?

—Es lectora de la duquesa, pero, aquí para entre nosotros, en eso hay algo oculto que no conocemos, porque la señora no la trata como una simple señorita de compañía.

—¿De dónde ha venido?

—Si podéis decírmelo, entonces lo sabré.

—¿Y se llama?..

—María Magdalena, ya os lo he dicho.

—¿Nada más?

—Nada más que yo sepa.

—¿Entonces será alguna hija ilegítima?

—Es posible, como la otra.

—¿Queréis decir como Blanca Carol?

—Eso mismo.

—¿Y cómo se llevan las dos jóvenes?

—Muy bien. Allí todos están bien con la señorita María Magdalena... Hay allí un viejo... Mr. Godet...

—¿Quién es y qué hace allí?

—¡Oh! Hay que estar bien con él, porque hace en la casa todo lo que quiere. Es millonario y la señora no ve más que por sus ojos. Cuando quiere, quiere de veras; pero cuando odia, odia con toda el alma.

—¿Y quiere mucho á María Magdalena?

—Siempre está dando vueltas á su alrededor como un joven enamorado.

—¿Y el matrimonio de esa joven con Mr. de Lignerés... es de su agrado?

—No; él preferiría á Mr. de Meillant, sobrino de la duquesa, un joven médico que quiere hacerse cura.

—¿Qué me cuentas?

—La verdad. ¿No le conocéis? Ahora no está en Maillepré, pero debe volver de sus viajes hoy ó mañana.

—¿Pero si aspira á ser sacerdote, no querrá casarse con María Magdalena?

—Eso dice.

—Y la joven ¿qué piensa de ellos?

—No sé, pero debe estar muy indecisa, aunque á Mr. Lignerés le conoció en la guerra, pues le cuidó cuando fué herido, porque era enfermera de los hospitales de sangre.

Justina se levantó, porque todas estas cosas la cansaban y la paciencia no era su virtud favorita.

—Ahora, querido señor — dijo — sabéis tanto como yo, y es preciso que me vaya para no despertar sospechas, porque el cochero es casi tan curioso como vos, y me atormentará á preguntas. Pero estad tranquilo; no diré que os he visto: me interesa tanto como á vos ocultar que he estado en la prefectura, que no es el lugar de una jovenzuela como yo. ¡Buenos días!

Roland le cogió la mano.

—Gracias, Justina—le dijo.

—¿No olvidaréis nuestras condiciones, eh?

—Estad tranquila.

—Yo no debería hacer lo que hago; pero

después de todo, no es ninguna cosa mala casar á las gentes cuando ellos se quieren. ¡Hasta la vista!

El prefecto del Cher continuaba presa de su incertidumbre sobre el cambio de nombre de Margarita por el de María Magdalena, cuya misión en Maillepré se prestaba á toda clase de conjeturas.

Además le devoraban los celos. Su víctima, sin fortuna, sin esperanzas, ocupando un lugar subalterno en aquel palacio, se granjeaba tan ardientes simpatías que, pasando por encima de todos, se le ofrecía con el matrimonio cuanto le faltaba: familia, nobleza y opulencia.

—¡Pues bien!—pensaba Roland,—¡ó será mía, ó no será de nadie! ¡Yo destruiré todos esos proyectos y su porvenir, como destruí su paz y sus esperanzas en el pasado.

Después de almorzar, el prefecto recibió una carta con las armas de Maillepré, que no contenía más que estas palabras:

«La señora duquesa de Maillepré ruega al señor prefecto le dispense el honor de acompañarla á comer esta noche en el palacio.»

El prefecto entregó al portador de la carta otra concebida en estos términos:

«Señora duquesa:

»Acepto reconocido vuestra atenta invitación, por la que me considero muy honrado.

»Dignaos aceptar la expresión de mi respeto.

»ROLAND DE SERIGNÉ.»

30568

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 6625 MONTERREY, MEXICO